

LUDOPATÍA

Dr. Gabriel Olea Castelo

Motivaciones profundas del jugador compulsivo

En los muy recientes años se han instalado en nuestra localidad casinos de juego cuya repercusión social bien merece un análisis a fondo, es decir, bien valdría la pena conocer las motivaciones de quienes se aficianan al juego en forma patológica.

Las consecuencias de esta afición enferma tienen manifestaciones claramente observables a nivel social:

dinero de colegiaturas dejado en el casino, gasto familiar de la semana que tiene el mismo destino, herencias consumidas por la adicción al juego, comercios que se quejan de la baja en sus ventas desde la instalación de las casas de apuesta, y hasta divorcios.

El presente artículo tiene como fin darle una explicación a este fenómeno desde la óptica del psicoanálisis, tratando de entender los motivos latentes en el psiquismo de quienes padecen la ludopatía, es decir, la adicción al juego.

INICIO Y DESTINO DE LA LUDOPATÍA

... una explicación psicoanalítica

En sus primeros meses de vida el niño NO tiene noción de separación del resto del universo físico, es decir, no se ha constituido su "Yo" (ego), luego entonces, al no tener consciencia de separación del resto de las personas y cosas, percibe a estas como parte de sí mismo, lo que en psicoanálisis se conoce como Narcisismo Primario, estado de consciencia altamente patológico cuando persiste o brota de nuevo en un adulto, pues representa una regresión hacia esos estadíos tempranísimos de la existencia (estamos hablando de los primeros 8 o 9 meses de vida del ser humano). Este estado de consciencia es al que algunos místicos se refieren cuando hablan de "hacerse uno con el todo"

Ahora bien, al considerarse parte de sí a todo lo demás, percibe como propio todos los satisfactores que recibe del medio, es decir, él mismo es el pecho que lo alimenta, él mismo es las manos que lo asean, él mismo es la persona (generalmente la madre) que responde a sus necesidades de comodidad y confort, necesidades que parecen ser cubiertas sin necesidad siquiera de pronunciar

palabra alguna (pues todavía no puede hacerlo), simplemente lo desea y ahí está el satisfactor, fenómeno conceptualizado en psicoanálisis como “Pensamiento Mágico”.

Percibida de esta manera, la vida parece estar bajo control, pues existe en el niño el sentimiento omnipotente de autosuficiencia, es como si el pequeño humano dijera algo así como *“Yo soy todo y por lo tanto no dependo de nada, ni de nadie”* (concepto psicoanalítico de “Omnipotencia Infantil”), sensación por cierto que ayuda a amortiguar la angustia y el trauma ocasionado por la pérdida del paradisiaco vientre materno en el momento del nacimiento, digamos que el niño hasta este momento percibe el mundo como otro vientre materno, no tan ideal como aquel de la gestación, pues ahora ya sabe de la frustración aunque sea pasajera de sus necesidades (hambre, frío, calor, sed, incomodidad, miedos, etc), pero bueno, a fin de cuentas su sentimiento de omnipotencia lo reconforta al creerse el auto proveedor de sus reclamos corporales, tal como se explica en las líneas anteriores. (en lo que respecta al aspecto de la frustración momentánea de sus necesidades y la forma en que esta frustración impacta en el psiquismo en formación del niño, tendría que ampliarme bastante y me saldría del tema que nos ocupa en esta ocasión).

Siguiendo esta línea del desarrollo, alrededor del 8vo y 9no mes de vida se consolida una parte básica de la estructuración del “Yo”, el niño ya diferencia entre el “si mismo” y el otro, ya sabe que él es él, y los demás son los demás. Aunque esto es un logro en materia del desarrollo psíquico, no deja de ser también una pérdida en términos de omnipotencia, lo que representa una **herida narcisista** que mucho habrá de marcar al humano por el resto de su existencia, pues a diferencia de esos primeros meses, ahora el niño cae en la cuenta de que la alimentación y demás cuidados que tanto placer y confort le proporcionan y de los que antes se consideraba autoproveedor, pues ya no dependen de él, sino del otro ... el otro al que antes consideraba parte de sí.

En adelante, la satisfacción de sus demandas dependerá de la calidad del nexo que tenga con el otro, el otro cuya voluntad no depende de él, su existencia misma pende ahora de que “el otro” quiera y pueda proporcionarle la satisfacción de sus necesidades...

A lo largo del desarrollo, lo que ahorita he nombrado como “el otro” refiriéndome básicamente a los cuidados maternos, se va extendiendo a las demás personas y circunstancias. En forma más concreta y resumida, la originaria **Omnipotencia infantil** hace el siguiente recorrido:

Omnipotencia Infantil → “otros” omnipotentes → “otros” humanos → Dios Omnipotente → dios que no siempre responde a mis necesidades → Ser humano expuesto a **EL AZAR**

Es decir, que a la pérdida de la omnipotencia infantil, esta es depositada en los padres, después de un tiempo al niño se le cae la imagen de sus “papitos todopoderosos” y reconoce sus límites, acto seguido depositamos la omnipotencia en Dios, aunque después nos damos cuenta de que solo algunas de nuestras demandas son cumplidas por este nuevo depositario de nuestra sensación de omnipotencia, por lo demás, habremos de atenernos a lo que el destino nos mande, y como criaturas humanas nos sabemos expuestos a mil circunstancias totalmente azarosas : circunstancias negativas, mala fortuna, enfermedades, accidentes, catástrofes naturales, pérdida de seres queridos, y todas las posibles desgracias de las que en oraciones pedimos a Dios que nos libre, aunque en el fondo sepamos que seguimos expuestos a ellas.

Así las cosas, el ser humano es una criatura cuya motivación más profunda es en buena parte el miedo. En añoranza a aquel paraíso de la gestación, hemos tratado de reproducir en el mundo otro vientre materno : climas artificiales (refrigeración o calefacción según sea la necesidad), casas y construcciones que nos resguarden de los peligros e inclemencias del exterior, despensas y refrigeradores que nos permitan un abasto constante de alimentación, seguros de vida, seguros de gastos médicos, seguros contra accidentes, seguros, seguros, seguros, o sea, lo más parecido al vientre de mamá, aunque con frecuencia la realidad se encargue de recordarnos que , ni estamos seguros en esta realidad, ni es esto un vientre materno, sino un mundo en el que nos asechan mil imprevistos, imprevistos que **no están en nosotros**, sino fuera de nosotros, es decir, “**en el otro**”, ese otro que **NO soy yo** y que por lo tanto queda **fuera de nuestro control**.

Aquí es donde de alguna forma extrañamos aquella sensación (porque no es más que una sensación) de omnipotencia de los primeros meses de vida, aquella sensación donde, puesto que **yo soy todo, yo controlo todo**, y no esta sensación donde hay tantas cosas que me amenazan y que están fuera de mi control, tantos posibles eventos que asustan al ser humano y que por más que trata de obtener los medios para quedar exento de ellos (dinero, posiciones de poder, seguros de protección, etc) , sabe en el fondo que dichos eventos están fuera de su control, quedando la criatura humana así, a disposición del azar

En este artículo se explica en forma lineal el recorrido que hace la omnipotencia infantil a lo largo del desarrollo, mas sin embargo, el asunto no es tan lineal, es decir, cada una de estas etapas dan lugar a la siguiente sin que esto signifique que las anteriores quedan borradas, de hecho el ser humano no renuncia nunca

del todo a aquella omnipotencia de los primeros meses quedando en lo profundo de su psiquismo residuos de ella.

La ludopatía no es otra cosa que el intento del jugador compulsivo por confirmar ese control del azar al que tanto teme en lo mas profundo de su ser y que, de poder lograrlo lo tranquilizaría bastante, por eso, cuando el jugador gana se siente poderoso, existe en él una sensación de que **“sabe jugar por eso ganó”**. Está consciente de que son juegos de azar, que dependen del azar, si, pero a nivel inconsciente les da esa sensación de que controlan ese azar, lo cual lo reconforta y lo lleva una y otra vez a tratar de confirmar ese control, esto ultimo sucede también cuando pierde.

Cada vez que es lanzada la pelotita de la ruleta, cada mano de Black Jack o de Póker, cada vez que aplasta el botón de las maquinas traga monedas, es, por un lado, un intento por confirmar su omnipotencia capaz de controlar un **representante del azar** como son los juegos de apuesta, y por otro, un acto compulsivo que se niega a aceptar la realidad, realidad que le dice **“no eres ni haz sido nunca omnipotente, hay cosas que no puedes controlar”**.

Como en todo evento traumático existe una **compulsión a la repetición** hasta darle a dicho evento un desenlace asimilable, el problema del jugador compulsivo es que está atrapado en la disyuntiva **“Puedo controlar mi entorno y sus eventos vs Estoy expuesto a los azares del destino”**, y como dicho debate se realiza en los niveles profundos del psiquismo, la resolución de dicha disyuntiva queda sencillamente inaccesible para el Ludópata, por lo que esta resolución a su vez, solo puede alcanzarse a la luz de un **proceso psicoanalítico**, pero mientras esto ocurre o no ocurre, la persona que padece esta patología seguirá irrefrenablemente en su intento infantil, traumático y compulsivo de demostrarse a si mismo que dada su “inteligencia” y su capacidad de “saber jugar” puede controlar el azar, para este fin echará mano entre otros recursos del ser supremo a quien en su momento le cedió parte de su omnipotencia y le propondrá trueques parecidos a **“diosito, si me ayudas a ganar esta tarde en el casino te prometo darle la mitad de lo que gane a los pobres”** maravilloso gesto. En tanto que la realidad hará lo propio recordándole partida tras partida que el juego es una de las muchas cosas en esta vida que dependen del azar, o por lo menos de cosas que no están bajo nuestro control.

El azar podrá ser generoso con el ludópata y llevarlo a ganar mucho dinero, sin embargo, y en forma que racionalmente no tiene explicación (mas si la tiene de acuerdo a los procesos internos de la mente) el jugador enfermo seguirá jugando y jugando, pues en ultima instancia NO es ganar lo que le interesa sino la confirmación de su omnipotente control sobre el azar. Seguirá jugando y

recibiendo de la realidad la lección de que no es omnipotente, realidad a la que masoquista y compulsivamente se enfrentará una y otra vez independientemente de que vaya ganando o perdiendo en el juego. El desenlace final no falla en el ludópata: jugará hasta perderlo todo.